



ANIMALES Y RACIONALES

MANUEL DÍAZ PRIETO

La muerte de 'Llamp'

El fallecimiento de una mascota tiene un impacto similar al de un familiar

Qué fue, desde el punto de vista personal y colectivo, lo peor del siglo XX?

—La muerte de mi perro y que siga habiendo guerras.

La pregunta formaba parte de un ejercicio escolar. Y la respuesta de Miranda encendió un vivo debate en clase de primero de bachillerato.

—Un perro no es nada más que un perro —dijo su compañera de mesa, que no tenía mascota—. Y me parece excesivo que la muerte de un animal sea comparable a la de una persona.

—No sabes de qué hablas —le contestó Miranda irritada.

Más tarde le explicaría con calma cómo Llamp había llenado toda su infancia de alegría. De cómo había estado allí para consolarla cuando enfermaba y para celebrar juntos los mejo-

res momentos. Y cómo, después de aquello, su casa le pareció durante mucho tiempo un lugar más vacío, con una ausencia que sus padres no habían querido cubrir con un nuevo compañero. “Mi madre dijo que no quería volver a pasar por aquello”, cuenta Miranda.

—Un perro no es nada más que un perro —dijo su compañera de mesa, que no tenía mascota—. Y me parece excesivo que la muerte de un animal sea comparable a la de una persona.

—No sabes de qué hablas —le contestó Miranda irritada.

Más tarde le explicaría con calma cómo Llamp había llenado toda su infancia de alegría. De cómo había estado allí para consolarla cuando enfermaba y para celebrar juntos los mejo-

res momentos. Y cómo, después de aquello, su casa le pareció durante mucho tiempo un lugar más vacío, con una ausencia que sus padres no habían querido cubrir con un nuevo compañero. “Mi madre dijo que no quería volver a pasar por aquello”, cuenta Miranda.

Más tarde le explicaría con calma cómo Llamp había llenado toda su infancia de alegría. De cómo había estado allí para consolarla cuando enfermaba y para celebrar juntos los mejo-

res momentos. Y cómo, después de aquello, su casa le pareció durante mucho tiempo un lugar más vacío, con una ausencia que sus padres no habían querido cubrir con un nuevo compañero. “Mi madre dijo que no quería volver a pasar por aquello”, cuenta Miranda.

Más tarde le explicaría con calma cómo Llamp había llenado toda su infancia de alegría. De cómo había estado allí para consolarla cuando enfermaba y para celebrar juntos los mejo-

Más tarde le explicaría con calma cómo Llamp había llenado toda su infancia de alegría. De cómo había estado allí para consolarla cuando enfermaba y para celebrar juntos los mejo-

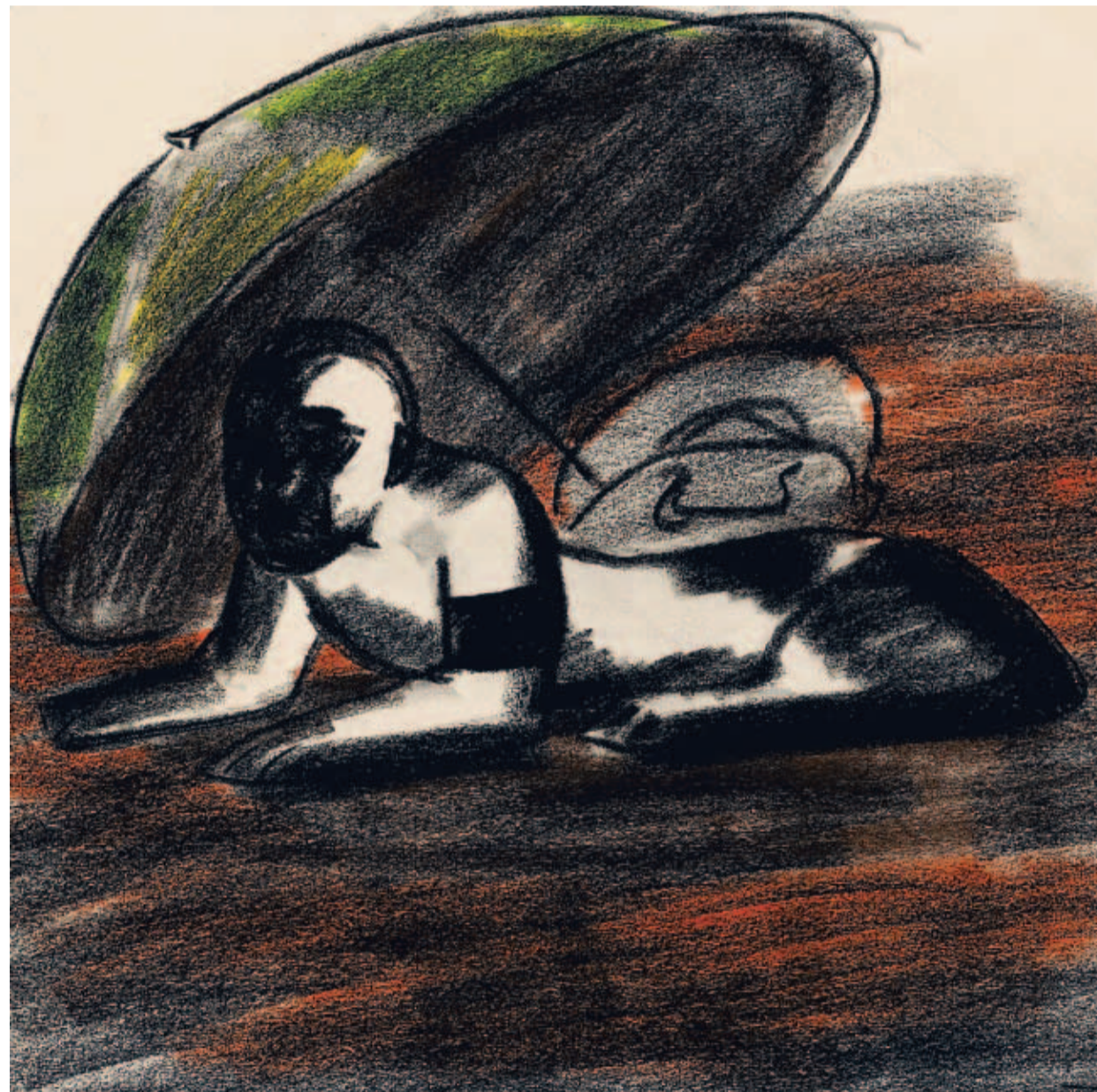
Seres a los que cuidar

¿Por qué sucede esto? Los etólogos, especialistas en conducta animal, ofrecen diferentes explicaciones. Uno de los más reconocidos entre ellos, el austriaco Konrad Lorenz, lo explicaba de forma sencilla: “Cuando las personas están solas, los animales de compañía pasan a ser los seres a los que cuidar. Y mi experiencia personal es que, en ciudades extrañas y durante tiempos calamitosos, he deseado la compañía del perro que me seguía y he hallado gran consuelo en el simple hecho de su existencia. Él ha sido para mí un apoyo comparable al que se encuentra en los recuerdos de la infancia, en la memoria de los tupidos bosques de nuestra patria, en algo que nos vaya diciendo que, en el fluir constante de la vida, nosotros seguimos siendo nosotros. Pocas cosas me han dado esta seguridad de manera más evidente y tranquilizadora que la fidelidad de mi perro”.

Quizás sea eso. Ya lo había oído en boca de la psicóloga María Isabel Salama, que realiza terapias asistidas con animales: “Las interacciones con los animales nos ponen en contacto con el instinto más puro y el desenfado suele producir una mayor conexión con nuestra parte animal más instintiva y un mayor grado de aceptación de la misma”.

Un momento en el que es posible visualizar la intensidad de esta relación es precisamente cuando el animal fallece. “La parte más terrorífica del trabajo en la consulta —nos confesaba el veterinario Carlos Rodríguez— es tener que comunicarle a un niño que su mascota no va a estar más con él. No pueden entender que no vuelva, ‘Ponlo bueno’, me dicen”.

Y sin embargo, a pesar de tanto cariño y cuidados y de tantos milenios de relación, cada año, al llegar verano o coincidiendo en su mayoría con los puentes vacacionales, 100.000 perros son abandonados en España. ●



RAUL

“Hoy hace dos años de la muerte de mi perro ‘Averroes’ y sigo con el corazón lisiado por su ausencia”, escribe Mariano

res momentos. Y cómo, después de aquello, su casa le pareció durante mucho tiempo un lugar más vacío, con una ausencia que sus padres no habían querido cubrir con un nuevo compañero. “Mi madre dijo que no quería volver a pasar por aquello”, cuenta Miranda.

Durante el entierro de sus cenizas en el jardín de su segunda residencia, su padre leyó unos versos de Abigail Bohórquez y todos lloraron. “Y, ¿por qué no? / yo también lo he llorado; / la muerte de mi perro sin palabras / me duele más que la del perro que habla, / y engaña, y ríe, y asesina. / Mi perro siendo perro no mordía. / Mi perro no envidiaba ni mordía”.

Muchos encontrarían la escena ridícula, para algunos rozaría lo aberrante. A todos ellos les resulta difícil de imaginar la intensidad de la rela-

ción que se establece entre los 14 millones de perros, seis de gatos e incontables peces, tortugas o conejos que hay en España y las personas que los acogen en su hogar. No entienden que el maullido de tu gato es un masaje al corazón. Y que en la tensionada cultura urbana, que propicia el autismo emocional, tener cerca a un animal resulta un bálsamo que diluye la presión de la vida cotidiana.

Y a pesar de que puede dar la sensación de que la eclosión de la biofilia es una tendencia reciente y que antes, en el entorno rural, la relación con los animales era más instrumental, la historia nos muestra un vínculo basado en una amistad que dura ya más de 15.000 años. En el año 92 a.C. nada menos que un censor, un magistrado elegido para mantener los severos ideales de la República Romana, se había

recogiendo sus excrementos y atendiendo en sus mínimos deseos. Pero para la que no faltan argumentos ciertos utilizados de forma brutal: el nivel de atención médica y de calidad alimenticia de un perro del primer mundo se encuentra muy por encima de la de un humano del mundo pobre.

Pero si alguien quiere realizar una aproximación rápida a la fuerza de los vínculos que llegan a unirnos a nuestros animales de compañía, basta con abrir internet: “Hoy hace dos años de la muerte de mi perro *Averroes* y sigo con el corazón lisiado por su ausencia, pero vivo con la esperanza de que él me espera en alguna parte que aún no he soñado. Estoy en ello”, escribe Mariano Jiménez.

Mary dice: “Ay Dios mío, fue lo peor que me pasó en la vida. Salía a atender el timbre de la puerta cuan-